

ESPIRITUALIDAD GUANELLIANA

Don Nino Minetti

PUNTOS DE MEDITACIÓN .

1 - Al comienzo de esta meditación llamo la atención de ustedes sobre un impulso dado por el XVII Capítulo general, celebrado en enero de 2000, destacando que el Capítulo se expresa con el verbo « revitalizar », repetido muchas veces.

El verbo se refiere a la vida espiritual, tanto personal como comunitaria, que *“deben crecer en la línea de la inspiración original dada por el Espíritu a la Congregación”* (D.F., XVII Cap. Gen., Roma 2001, n° 3).

“Convencidos de que, en un mundo secularizado como el nuestro, la contribución más inmediata a la evangelización es nuestro efectivo testimonio personal y comunitario, nosotros proponemos como prioridad absoluta: revitalizar la vida del Espíritu” (D.F., n° 4). *“En concreto el Capítulo propone que se estudien los elementos fundamentales de la espiritualidad guanelliana”* (D. F., n° 5).

Es un proceso que debe comenzar **desde las Constituciones**: *“ Se lleven a cabo oportunas iniciativas para incentivar el amor y el estudio de las Constituciones”* (D.F., n° 5); y esto tiene que transformarse en proyecto de vida: *“Cada cohermano, en vistas de la programación anual comunitaria , elabore también su propio proyecto de vida”* (D.F., n° 5).

2 - El Capítulo entonces, exhorta a tener una **fuerte espiritualidad**. ¿Pero qué quiere decir el término “espiritualidad”?

Indica un conjunto de valores espirituales que inspiran un cierto estilo de vida, animando y caracterizando todas las opciones de una persona y de una comunidad.

Piénsese en valor de la obediencia para un jesuita; en valor de la pobreza para un franciscano; en valor de la comunión y del don de sí para una familia.

¿Cuál valor inspira, alimenta e impulsa la vida guanelliana? Tomo la respuesta literalmente de las Constituciones, en el n° 9, que, en síntesis, afirma nuestro ideal de vida espiritual para luego describirlo más detalladamente en los números 10-16.

“Toda nuestra experiencia de fe y servicio tiene como centro la caridad, vivida en el abandono filial a Dios y en la misericordia evangélica hacia los pobres. Este espíritu constituye para nosotros la herencia más preciosa que nos dejó el Fundador: confiere su propia fisonomía al Instituto y carácter específico a nuestra presencia en la Iglesia”(Cónst.,n° 9).

Con una expresión muy sintética podemos afirmar que nuestra espiritualidad es la caridad misericordiosa.

3 - Este principio inspirador exige primeramente una **actitud contemplativa**. Es decir, solicita contemplar la suprema revelación del amor de Dios para con nosotros, la certeza de que Él es nuestro Padre y que *“mejor que cualquier padre o madre sobre la tierra, conoce nuestro corazón y sigue nuestros pasos”* (Const., n° 10).

Una contemplación hecha de familiaridad, de simplicidad, gozando de su presencia y descubriendo *“hasta qué punto somos verdaderamente hijos amados y salvados”* (Const., n° 11).

Pero he aquí la actitud operativa: *“Alcanzados sin mérito por su misericordia , nos esforzamos en hacerla visible, siendo también nosotros misericordiosos hacia los otros, especialmente hacia los últimos”* (Const., n° 10).

Se trata de un dinamismo místico y al mismo tiempo un dinamismo de solidaridad cristiana.

Contemplar el amor de Dios no es un hecho intimístico. De él depende el grado de apertura, el espacio más o menos amplio que se da a la solidaridad. Según Don Luis, entrar en el corazón de Dios no debe solamente conmover sino debe impulsar a la salvación de los demás.

Da la impresión de que Don Luis, indicándonos nuestro ideal de vida, pida a todos el esfuerzo de la unidad entre la caridad hacia Dios y la caridad hacia los hermanos; justamente lo que

hoy nosotros llamamos unidad entre contemplación y acción, entre el ser y el hacer, entre oración y misión. Me permito algunas notas de comento.

4 - La primera. Según el XVII Capítulo general y la V Consulta, la laguna de los guanellianos, en estos últimos decenios, fue **la carencia de una verdadera experiencia de Dios**. Nos hemos resentido y nos resentimos aún hoy por esta crisis de oración y de contemplación.

Las evidencias son múltiples : el formalismo ritual de la Liturgia, una conducta a menudo secularizada, la ausencia de silencio interior y exterior, la obsesión por los medios de comunicación, la aceleración de la vida en el hacer y por consiguiente la poca estima de los tiempos de retiro, de gratuidad, de esparcimiento.

Especialmente la crisis de oración ha dejado sus consecuencias creando opinión que frecuentemente se revela en expresiones como esta : “es necesario encarnarse, creer y empeñarse, trabajar y orar, la verdadera liturgia consiste en la vida”.

Por suerte estamos entrando en una fase de reacción. La experiencia de Dios está retomando su lugar y nuestra vida religiosa es definida, por lo menos en los momentos fuertes (Cap. Gen., Cap. Prov., Consulta), como un proyecto de vida basado sobre la experiencia de Dios Amor. A la vez el religioso es visto como una persona orante permanente, animador de la experiencia de Dios al interno de la vida, de la casa, de los pobres.

Augurémonos que esta convicción sea una experiencia de vida para todos nosotros y sea también tan profunda, de poder ayudarnos en los momentos de desierto, de crisis de fe y de esperanza, en los tiempos de conflictos, de fracaso, de pruebas. Presente entonces, en la noche oscura, pero también en la actividad de todos los días, en los compromisos de ministerio, y en las obras apostólicas.

5 – La segunda nota se refiere a **la solidaridad cristiana hacia los pobres**, y justamente hay una pregunta que a menudo regresa a nuestra reflexión: ¿Quiénes son los pobres?

No es siempre claro el contenido de esta palabra. Se pasa de la pobreza material a la espiritual, para concluir que todo ser humano es pobre en alguna manera. Esta visión tan imprecisa, vacía de su contenido a la opción preferencial para con los pobres que, como hemos visto, es el segundo aspecto de nuestra espiritualidad y misión. Comporta determinar con exactitud en todo momento y para nosotros mismos, que los pobres a quienes debemos ofrecer nuestra cercanía de misericordia son los pobres realmente tales, gente, como dice Puebla, que carece de los bienes materiales más elementales (nn. 32-39).

Estos pobres viven en la miseria más extrema, al margen de la sociedad, sin participación al devenir social y, si padecen múltiples carencias, es porque fueron privados de su trabajo, de su cultura, de su humanidad. No son nada para la sociedad, queda anónimos, insignificantes, hasta su muerte prematura. Gustavo Gutiérrez dice: “*Ser pobres es una manera de sentir, de conocer, de razonar, de amar, de creer, de sufrir, de festejar, de orar*”. En resumen, es un mundo en el cual no se entra fácilmente y por eso no se entiende a primera vista.

En América Latina estos pobres viven algunos valores positivos que están en consonancia con el Evangelio: comparten lo poco que tienen, el sentido comunitario, la humildad, el sentido del sacrificio, la conciencia de pecado. Pero no se deben idealizar. Entre sus filas encontramos también el egoísmo, el individualismo que busca el propio interés en perjuicio de los otros.

“También los pobres, escribe aún Gutiérrez, están llamados a la conversión porque la condición de pobre, en cuanto tal, no es ya de por sí salvación cristiana”.

Subrayo finalmente que estos pobres no son fruto de la fatalidad natural. Su pobreza es sistemática, estructural, es provocada por una cierta organización del mundo y de la sociedad.

“Esta multitud de pequeños, de mujeres, de hombres, cuyos rostros interpelan nuestra realidad social, es una multitud que es pobre porque es continuamente despojada, empobrecida,

oprimida" (Gutiérrez). Dios no soporta una situación de esta naturaleza, situación que Puebla califica como antievangélica (n° 1159).

6 - Quise subrayar esta situación, porque para hacer una auténtica experiencia de espiritualidad guanelliana, es necesario empeñarse en un **compromiso liberador**. Nuestro Dios de misericordia es el Dios de la vida, la genera, la multiplica. Si San Ireneo decía: "*La gloria de Dios es el hombre viviente*", nosotros, por el ideal de caridad que nos fue dado, podemos decir: "*La gloria de Dios es el pobre que vive, que es rescatado, que es librado de su esclavitud*".

Nuestra vida espiritual, entonces, que nos solicita a ser misericordiosos como Dios, es muy amplia y más allá de cultivar la oración, la vida interior, el amor de Dios, se dedica a la rehabilitación física y síquica de los pobres, a su elevación cultural y espiritual, hasta darles una justa dignidad social.